

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

consideraciones triviales sobre la moneda

El dinero —dueño y señor de nuestros días— no es un fenómeno definitivamente resuelto. Este punto neurálgico de nuestra preocupación cotidiana no ha encontrado la materialización ideal que lo convierta en un elemento de fácil manejo y de utilización perentoria. Por lo que se refiere a nuestra propia moneda, se desfiló en nuestros bolsillos, se pierde en ellos y en nuestras carteras lamentablemente. Podemos recordar con nostalgia las soluciones que para este problema tenían nuestros padres y nuestros abuelos. Yo recuerdo la excelente distribución que mi padre hacía de la moneda en un monedero de urdimbre de plata que llevaba en el bolsillo del chaleco sujeto con una cadenita. El monedero tenía diversos departamentos, en los que sucesivamente se clasificaban la calderilla, las monedas de peseta, las de dos pesetas y el orondo duro de aquellos tiempos. El broche de pinzas que ajustaba y aseguraba el pequeño capital tenía, al ser cerrado, un sonido muy peculiar, casi de caja fuerte; y después de asegurarlo, mi padre pasaba por dos veces la cadenita alrededor del pequeño pellejo de plata antes de meterlo todo en el bolsillo. Y, ¿qué haremos ahora con la diversa facundia de papel de todas clases, de monedita diversa que se nos pierde por todos lados? En cada uno de nuestros bolsillos, aun a la vuelta del invierno o del verano, nos encontramos con una diminuta bola de papel que en su tiempo fuera una peseta. Es la peseta que le regateamos al taxista, la que en el fondo de nuestro ánimo, por un repentino impulso de cicatería, sustrajimos al duro de la propina del botones porque nos encontramos con un puñado suelto de calderilla con el que ya creímos cumplir. Las pesetas-papel, húmedas del sopor del estío en los armarios y en las tintorerías, nos las encontraremos a la vuelta del invierno apelotonadas en los fondos de los bolsillos. ¡Si por lo menos pudiéramos hacer con ellas los pinjantes y arracadas que eran ornato de las amas de cría en tiempos de mi niñez! Pero cualquiera cuelga de nadie en las orejas ese detritus...

Nosotros tenemos un gran respeto por todos aquellos que dirigen nuestra economía y sabemos perfectamente que el valor de la moneda es un valor sustancial, ajeno a los residuos monetarios que encontramos en nuestros bolsillos. La economía —y la economía española singularmente, ahora que es una economía de vía ancha— no depende de las singularizaciones que tenga en el mercado —es decir, en nuestros bolsillos— cada una de las pesetas que salen de esa suprema editora nacional, que es el Banco de España. Nos imaginamos que el ministro de Hacienda, o el gobernador del Banco de España, o los supremos artífices de la prosperidad colectiva, no están allí para determinar si en los billetes de cien pesetas deberá «salir» la «Rendición de Breda» o un cuadro de Moreno Carbonero, la efigie de Romero de Torres o la de Joaquín Costa. La variedad de númenes disponibles para llevar a la teorización plástica de España en los billetes no hallaría parangón más que con el contenido del último número de la re-

vista «Índice», que mi querido amigo Fernández Figueras se ha esmerado en hacer como un balance histórico, intelectual y descriptivo. Y del mismo modo que no son los altos dirigentes de nuestra economía los que eligen el diseño de los billetes, suponemos que la función de escoger su tamaño y su realidad física queda relegada —o delegada— en manos subalternas. Por tanto, a esas manos yo bien puedo exigirle —amistosamente, como es natural— ciertas explicaciones.

Pero demos todavía un pequeño rodeo a nuestra digresión. La moneda que mi padre metía en el bolsillo de plata era físicamente una consecuencia del gran Napoleón de oro, que en España tuvo su equivalente en monedas de cinco duros, oro puro, que eran como rajadas de longaniza superior y rústica, con las que muchos indios de mi tierra emprendieron su aventura americana y volvieron millonarios. Muchas madres de hace cien años, a base de sisarle a su marido de dos en dos céntimos, estaban en situación de sacar del calcetín una moneda de esas cuando su hijo tenía dieciséis años; y con ella, y un par de mudas, se iba el niño a América. Esa moneda era redonda, para que diera muchas vueltas por el mundo, y era de oro, para que no se fundiera en los bolsillos. He de añadir que muchos de los que fueron a América con esa moneda, no la gastaron jamás; se limitaron a enseñarla cuando hizo falta. Algunos de ellos la tuvieron, luego, sobre la repisa de la chimenea, incrustada en la esfera del reloj, puesto que el dinero en moneda de oro es como el tiempo, que nunca se acaba, pero siempre se mide. Y esos tales, ya viejos y ricos, cada vez que miraban la hora, veían verdaderamente toda su vida.

La moneda de ahora —me refiero a su configuración física— en lugar de dar impresión de perennidad y de permanencia, nos induce a la zozobra y al dispendio gratuito. En primer lugar parece que en España exista una moneda privativa de la ciudad y otra privativa del campo. De mí, hombre de la ciudad, puedo decir que no me sirve para nada la calderilla. Empiezo por encontrar incómoda la calderilla que me devuelve el quiosquero cuando lo compro el diario. ¿Dónde voy yo a poner esas cinco monedas de diez céntimos? Si no me las devuelve con una monedita de a dos reales, con las que todavía transijo, a veces me hago el distraído y las lego en beneficio del vendedor; otras veces, por no transgredir los principios generales de la economía española, me las llevo en la mano hasta que, con otra pieza de diez céntimos que encuentro en alguno de mis bolsillos —o que pida prestada a alguien—, acierto a entrar en un estanco para comprar —aunque no la necesite— una caja de cerillas. Pero, ¿qué hacemos con las cerillas —en trance de comprarlas por sí mismas—, que cuestan sesenta céntimos, hasta compensar los cuarenta de vuelta? Hay ahora en los estancos una compensación bastante aceptable, que es la cerilla de solapa, una cerilla encuadernada en rústica, que en lote conjunto con las de caja importa, en total, una peseta lisa. Pero esas cerillas acostumbra a estallar en los dedos si se las aprie-

ta demasiado, y tienen, además, el inconveniente de que, encima de la injusta quemadura, provocan alrededor de uno una mezcla de curiosidad y de envidia, ya que todos creen después del estallido que el Monopolio de Cerillas acaba de favorecerle con un donativo propagandístico de cinco duros.

La calderilla actual es una moneda de economía de transición; lo comprendemos. Cuando el proceso económico haya pasado decididamente de la etapa de estabilización a la de desarrollo, es muy posible que no sea absolutamente necesario que algo valga, pongamos por caso, dos ochenta y cinco: podrá valer, sin rebozo, tres y que no nos vengan ya con minucias. Pero en este caso, ¿qué hace esa calderilla insignificante, monedita que asemeja simiente de sandía diminuta, apta para los juegos infantiles y que encontramos alguna vez mezclada entre la otra sin que sepamos cómo ha ido a parar a nuestro peculio? ¿De quién fue la idea de hacer monedas de diez céntimos, con circulación universal, sólo aptas para el juego de la oca?

Es necesario un cambio solemne de las aptitudes físicas de nuestra moneda. No toda la moneda está mal, naturalmente. En este sentido quisiéramos hacer constar nuestra adhesión plena a las excelentes monedas de veinticinco y de cincuenta pesetas, e incluso a las de cinco pesetas, que son el equivalente de la peseta antigua, la de antes de la guerra. Pero, ¿por qué no emprender ya la fabricación de monedas de cien pesetas? ¿Por qué no instaurar la función del papel moneda a partir de cantidades más importantes, a partir de las quinientas, por ejemplo? ¿Y por qué no establecer el billete de cinco y hasta de diez mil pesetas?

Muchos países revisan ahora la apariencia de su moneda. Loemos que la moneda más grande de Europa, que era una especie de sábana matrimonial colocada sobre la península, va a ser modificada. Nos referimos al billete de diez mil liras italianas, auténtica colgadura nacional para las grandes celebraciones del país del «Rissorgimento». En la actualidad, cien millones de liras equivalían a tres toneladas de papel. Cuando el formato de los billetes de diez mil liras sea modificado, la moneda de mayor tamaño en Europa pasará a ser el billete de mil francos suizos, unas trece mil pesetas españolas. La capacidad de dar a un billete un valor superior al que actualmente tienen en España los que están en circulación, creemos que no debería asustar a nadie en el momento en que España es la tercera adquirente de dólares a los Estados Unidos —por lo menos así ha sido en el trimestre pasado—, sólo superada en las cifras de compra por países como Gran Bretaña y Francia. Francia tiene billetes de 500 nuevos francos, casi siete mil pesetas españolas; en Suecia, los hay de 10.000 coronas, unas doce mil pesetas. Y en los Estados Unidos hay billetes en circulación de dólares 1.000, unas sesenta mil pesetas. ¿No será cosa de que la Casa de la Moneda revisara la cuestión y nos aligere los bolsillos —sobre todo ahora en verano— sin mengua, antes bien en apoyo, de nuestra solvencia financiera?